

Acto primero

FIESTA DE TODOS LOS SANTOS

Las vísperas del Oficio divino de esta gran fiesta seguramente para vuestra alma serán –como para la mía lo son– de las más bonitas del año. No digo de las más grandes en sus misterios, pero de las más estimulantes, de las más aleccionadoras, de las que nos hacen aumentar, casi por instinto, una fe en el más allá, y una esperanza para poder vivir y soportar el más acá. Ya que, como decía santa Teresa del Niño Jesús, no hace precisamente falta fortaleza para morir, que es la puerta del cielo, sino hace falta fuerza para vivir.

Celebramos la fiesta de todas aquellas almas que, sin haber sido beatificadas ni canonizadas por la Iglesia, disfrutan ya del Señor, por toda la eternidad, una vez que cumplieron en la tierra el fin para que fueron creadas. Ese innumerable ejército de almas, que la Iglesia nos recordará en la página del Apocalipsis, donde va hablando de millares y millares de toda tribu, de toda raza, de toda lengua (Ap 7,9).

Unas inocentes, otras penitentes, unas sin mancha o casi sin mancha, otras profundamente pecadoras; con la historia, el proceso, el plan de Dios en cada una, el desarrollo de esa providencia divina a través de tantas formas variadas en cada caso. San Pablo tiene una frase muy acertada: una estrella se diferencia de otra estrella, una es así y otra es así, y los millones de estrellas todas distintas constituyen la hermosura del firmamento. Las almas: una es así y Otra es así; todas se diferencian; no hay dos almas iguales.

Unas fueron ricas, otras pobres; unas, almas consagradas, en un sentido de desarrollo por vocación religiosa o sacerdotal de la consagración de todas por el bautismo. Unas llegaron a mucha edad, otras murieron en la juventud o en la niñez; unas disfrutaron de salud robusta, otras fueron almas que animaban cuerpos enfermizos y débiles; unas, con unas potencias enormes desarrolladas, su entendimiento, su voluntad; otras, pobrecitas, eran incapaces de comprender la cosa más sencilla.

Pero entonces, ¿dónde está el denominador común de estas almas? ¿Que fueron estas almas en la tierra? SANTAS. He aquí la palabra que nos tiene que hipnotizar. Todas esas almas fueron santas, cada una distinta de otra. ¡Qué variedad! ¡Qué plan más hermoso del Señor!

Y, dentro de esa variedad inmensa, ¿qué es lo que hicieron los santos aquí en la tierra, para lograr serlo, y hoy estar gozando de Dios por toda la eternidad en el cielo? ¿Qué es lo que hay que hacer para serlo de verdad? Tan sólo una cosa, tantas veces lo hemos meditado: amar con todo nuestro ser a Dios. ¡Dios! Para aquellas almas fue el todo aquí esta tierra: Dios en sus deseos, Dios en su recuerdo, Dios en sus ansias, Dios en sus actuaciones, Dios en sus nostalgias, Dios en todo su ser, ellas sumergidas en Dios, porque «en Él vivimos, en Él somos y en Él estamos» (Hch 17,28).

Y ese amor tiene su alimento, Jesucristo nos lo dijo aquí en la tierra –y hay que ver cómo amaba Cristo a su Padre–: «mi alimento es cumplir voluntad del Padre» (Jn 4,34). Cumplir la voluntad divina, el «querer de Dios». Sí, desde los preceptos más graves y trascendentales, hasta los pequeños detalles, cumplidos con delicadeza, en el afán de agradar siempre y en todo sólo a Dios. He aquí lo que estas almas hicieron para alcanzar la santidad en la tierra.

La Iglesia, en su liturgia de Confesores pontífices, dice así: «que en los días de la vida, agradaron a Dios.» ¡Qué expresión más dulce!: «Placet Deo». No hicieron más los santos, pero no hicieron menos.

Pero, si en el amor de Dios está la santidad, en el amor propio está el fallo de la santidad. Este amor propio ha de ser el gran enemigo al cual debemos declarar guerra sin cuartel, lanzar el grito de guerra. No olvidando que el amor propio tiene dos polos: el polo norte y el polo sur. El polo norte no es más que poner los ojos sobre sí; y el polo sur es prescindir de Dios, hacerse de sí mismo un ídolo, un dios, endiosarse a sí mismo.

Entonces no hay más remedio que, a ese polo norte, que es el amor propio, oponer el olvido de sí, y a ese polo sur hay que poner el abandono en Dios. Un abandono confiado, total. Los santos no hicieron más que eso pero no hicieron menos, ¡qué ejemplo nos dieron! Lo que estos pudieron ¿no podremos hacerlo nosotros? Con la gracia de Dios, sí. ¡Adelante!

Acto segundo

PENSAR EN EL CIELO

Todos los Santos, estas almas inocentes, penitentes, sabios, ignorantes, jóvenes, viejos, niños... ahora se llaman BIENAVENTURADOS. Son los felices, los dichosos, los gloriosos allá en el cielo.

Son bienaventurados, y por toda una eternidad. Y nos dan tres elementos constitutivos de su felicidad: el elemento Dios, el elemento cielo y el elemento eternidad.

Elemento Dios. Topamos con el misterio ¡Dios! San Francisco de Asís encontraba sus delicias en repetir: «Dios ES». Nosotros podemos decir: Dios existe, hay Dios, que es nuestro principio y que es nuestro fin. A Él debemos nuestra existencia y en Él descansará nuestra bienaventuranza. En esta vida no hacemos más que acercarnos a Él. Por eso, la bienaventuranza, que es el descanso eterno de los santos, no es más que el final de una carrera de peregrino en santidad en la tierra.

Dios, perfección infinita en todos sus atributos. Dios es la hermosura infinita, es infinita su belleza, su amabilidad su bondad, su santidad, ¡Dios! No podemos nosotros abarcar esa infinitud de la perfección de Dios.

Pero además Dios, en su misterio de la Santísima Trinidad. Uno se pierde ante este misterio. ¡Qué grandeza la del Padre! ¡Qué hermosura la del Hijo! ¡Qué amor el del Espíritu Santo! Ese misterio, que hoy en la tierra constituye el gran misterio de nuestra fe, objeto de adoración y de amor de las almas santas, porque mora en ellas por la gracia, se convierte en la bienaventuranza del cielo.

El segundo elemento de esa bienaventuranza es el cielo. A la palabra «Dios», que es el cielo, añadimos una serie de sentimientos, diríamos, o de vivencias del alma del alma bienaventurada. Dios visto cara a cara, en esa perfección infinita, descubierto ese misterio de la Santísima Trinidad, poseído sin temor a perderlo, causa un gozo eterno, un gozo pleno, un gozo en Dios.

La fe se convertirá en visión. Ya no habrá esperanza: allí ya lo poseeremos del todo. No habrá pues, nada más que amor. A este pensamiento, divinamente inspirado y

escrito por San Pablo (1Co 13,8-13), añadamos otros pensamientos de la Sagrada Escritura: «seremos semejantes a Él, porque lo veremos tal cual es» (1Jn 3,2), ahora, en enigmas de misterios, ahora a través de espejos de las criaturas. Entonces cara a cara.

Y el tercer elemento: la eternidad. Si faltara ese elemento, el alma sería bienaventurada, pero no del todo; le faltaría el ser siempre así. Entonces, el saber que eso va ser siempre, sostiene, aumenta el gozo y la felicidad. Ver a Dios, pero siempre. Poseer a Dios, para siempre. Gozar de Dios eternamente. Amar a Dios por los siglos sin fin.

La inteligencia humana no puede abarcar tampoco el contenido de la palabra eternidad. Inteligencia como la de Balmes; cuando le llegó la hora de la muerte, murió diciendo: «Eternidad, eternidad, ¿qué es la eternidad?» Es el sin fin, es el siempre por siempre. Es... ¡Dios!

Fiesta de Todos los Santos. ¿Es un sueño pensar que algún día llegará a ser nuestra fiesta? Ciertamente, no es un sueño, es una verdad. No sabemos si está lejana o próxima, pero por mucho que todavía nos separe el tiempo de la vivencia de esa verdad, eso no quita de tener sobre ello certeza absoluta. ¿Será en el 79? ¿Será en el 82? ¿Será en el 95? ¿Será en el 2010? ¡Será! El más y el menos es accidental. Al alma le afirma la idea de la realidad: será.

Con la medida de amor con que nuestra alma se entregue al Señor en el día de la muerte, con esa medida le amaremos eternamente.

La legión de los mártires, de los confesores, de las vírgenes, la legión de todos los santos nos tiene que estimular con su ejemplo. Que el pensamiento del cielo nos aliente a ser santos, para que algún día, primer día del mes de noviembre del año que solamente Dios conoce, al celebrar la Iglesia peregrinante la fiesta de Todos los Santos, sin que tenga noticia de nosotros, su liturgia celebre nuestra gloria, nuestra bienaventuranza, nuestro cielo.

Y cuando este mundo acabe, seguirá la eternidad: Dios visto cara a cara, amado eternamente, por los siglos de los siglos. Dios Padre, Dios Hijo, Dios Espíritu Santo, con la Virgen Hija del Padre, Madre del Hijo, Esposa del Espíritu Santo y madre nuestra.